

Montaigne

Edición

Joan Lluís Llinàs

GUÍA COMARES *de*

Montaigne

Edición de
Joan Lluís Llinàs

GUÍA COMARES *de* Montaigne

Granada
2020

COLECCIÓN

GUÍA COMARES *de*

10

Director:

Juan Antonio Nicolás

(jnicolas@ugr.es)

Coordinador:

Manuel Sánchez Rodríguez

(manuel_sanchez_rodriguez@yahoo.com)

Imagen de cubierta: Portrait de Montaigne, v. 1590.
Huile sur cuivre micro rayé (D. 8.8 cm). Collection privée.

Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382
E-mail: libreriacomares@comares.com
http://www.comares.com
https://www.facebook.com/Comares
https://twitter.com/comareseditor
https://www.instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-9045-863-1 • Depósito legal: Gr. 173/2020

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

Sumario

Introducción

Joan Lluís Llinàs
Universitat de les Illes Balears

Los Ensayos son sin duda un de los grandes libros de referencia en nuestra cultura. No obstante, Michel de Montaigne (1533-1592) ocupa un lugar discutible o cuando menos menor en la historia de la filosofía. Si es cierto que, considerado como fundador de un género literario, el ensayo, es un autor de alcance universal, también lo es que tradicionalmente no figura en los cánones de la historia de la filosofía. Hasta hace poco, cuando Montaigne aparecía en una historia de la filosofía —no siempre era así— era como un autor menor de un período ya de por sí considerado menor, el Renacimiento, y cuyo papel en la historia de la filosofía se limitaba a la difusión de las ideas escépticas de Sexto Empírico, ideas que actuaron como un poderoso *leit motiv* para la construcción —a través de su superación— de la filosofía de Descartes.

Sin embargo, en los últimos años la figura de Montaigne ha emergido con fuerza en el campo de la filosofía. La mayoría de especialistas actuales en Montaigne provienen del campo de la filosofía. No debería extrañarnos. Por una parte, los *Ensayos* han sido objeto de interés por parte de filósofos como Descartes, Hume o Nietzsche. Por la otra, su aparente carácter no sistemático, que durante mucho tiempo fue un obstáculo para su inclusión en la categoría de «filósofo», es ahora, en una época marcada por la ausencia de sistemas, un plus que sitúa a Montaigne como un autor a considerar por los críticos de la modernidad. En cualquier caso, los *Ensayos* no se dejan fácilmente atrapar por una única etiqueta, y su riqueza permite reunir en un solo proyecto de investigación a especialistas en literatura, filosofía, retórica, sociología o antropología. Se trata de un libro peculiar, porque pretende ser la pintura que su autor hace de sí mismo. Montaigne se refiere a su obra como un libro consubstancial a su autor. Así, el autor y su vivencia cobra importancia para entender el libro y el proyecto que encierra.

Michel de Montaigne nació el 28 de febrero de 1533. Al parecer, su madre era descendiente de judíos conversos, y su padre miembro de una familia burguesa, enriquecida con el comercio de pescados y vinos. Pierre Eyquem llegó a ser alcalde de Burdeos, y participó en las guerras de Italia, donde se impregnó de las nuevas ideas humanistas. Eso le llevó a que, una vez el pequeño Michel, su primogénito, hubo pasado el período de lactancia entre campesinos y regresó, a los dos años, al castillo de Montaigne, su padre le puso bajo instrucción de un preceptor alemán, Horstanus, que sólo hablaba a Montaigne en latín. El latín es, pues, la lengua «materna» de Montaigne (algo excepcional en la época), la única con la que se comunica, lo que obliga a la familia y al servicio a aprender a chapurrear el latín. Pero la vida de Montaigne no difiere mucho de la típica de la época para alguien de su estatus: a los seis-siete años entra en el colegio de Guyena, considerado el mejor de Francia, luego es posible que estudiase primero en la Facultad de Artes de Burdeos y más adelante en la Facultad de Derecho de Tolosa. Una vez finalizado el período de formación, Montaigne es nombrado, en 1554, magistrado de la *Cours des Aides* de Périgueux, sustituyendo a su tío Pierre. La Cour des Aides es incorporada en 1557 al Parlamento de Burdeos, del que Montaigne pasa a formar parte. Allí conoce a Etienne de la Boétie, con el que establece una gran amistad. Tenemos constancia de cinco casos de intervención de Montaigne como magistrado, con un tono muy impersonal y breve. No obstante, las actas de sesiones del Parlamento reflejan un Michel vehemente y sin miedo a defender causas impopulares. La vida parlamentaria de Montaigne se prolonga hasta 1570, año en el que vende su cargo. De esta etapa queda en los *Ensayos* una crítica bien fundada a los magistrados y a la justicia. Entretanto, cuatro hechos significativos. El primero sucede el 10 de junio de 1562, día en el que presta juramento de fidelidad a la religión católica. Recordemos que la época está marcada por las guerras de religión. Montaigne, nada radical, y aunque considerado «güelfo por los gibelinos, y gibelino por los güelfos», conserva la religión de sus antepasados. En octubre de ese mismo año sigue al ejército Real en el asedio de Rouen, tomada por los hugonotes (es allí donde parece ser que conoce a unos indígenas de Brasil, que son objeto de un capítulo de los *Ensayos*). En agosto de 1563 se produce, en Germignan, la muerte de su gran amigo La Boétie. Montaigne, muy afectado, escribe a su padre la carta «concernant quelques particularitez qu'il remarqua en la maladie & mort de feu Monsieur De La Boétie». Se ocupa de su legado intelectual, y así, tras vender su cargo parlamentario, pasa seis meses en París para encargarse de la publicación de las obras de La Boétie. El tercer episodio relevante de este período es su matrimonio, el 22 de septiembre de 1565, con Françoise de la Chassaigne, hija de un compañero del Parlamento de Burdeos. Matrimonio de conveniencia; con ella tiene siete hijos, de los que sólo uno, Leonor, sobrevivirá a las

primeras semanas de vida. La única carta, de carácter público, que se conserva de Montaigne a su mujer sugiere un matrimonio dentro de los cánones. Se limita a cumplir con sus obligaciones familiares, aunque desee ocuparse lo menos posible de ellas. El último hecho a resaltar es la muerte de su padre Pierre, en 1568, con lo que Michel se convierte en señor de Montaigne y propietario del castillo. Un año después, Michel cumple con el encargo de su padre —«el mejor padre que jamás ha existido»— de traducir a Sibiuda, al publicar la traducción francesa de la *Theologia Naturalis*.

Hasta aquí, su vida no tiene especial relevancia. Un hecho, sin embargo, será el punto de partida de la creación de una de las obras maestras de la literatura universal. El 28 de febrero de 1571, fecha emblemática puesto que es la de su trigésimo octavo aniversario, decide retirarse a su castillo, situado en la región de Burdeos, para dedicarse, como proclama la inscripción pintada en su gabinete, a refugiarse en el seno de las musas. Pasa mucho tiempo en una torre del castillo, única parte del siglo XVI que se conserva hoy, que tiene tres plantas. En la primera se sitúa la capilla; en la segunda el dormitorio, con una abertura para que pueda oir misa sin necesidad de levantarse de la cama. Y en la tercera la biblioteca, el lugar más sagrado del castillo, donde se retira a leer y escribir. Al año siguiente empieza a redactar los *Ensayos*, cuya primera edición verá la luz en 1580. Pero aunque Montaigne haya hecho declaración de retirarse de la vida pública, sigue participando —voluntaria o involuntairamente— en ella. Así, el rey Carlos IX lo nombra, en el mismo año de su declaración, caballero de la orden de Sant Michel y gentilhombre de la cámara del rey. En 1574 sigue las tropas reales del duque de Montpensier, participa en la toma de Fontenay-le-Comte y cumple una misión encargada por el parlamento de Burdeos relativa a la defensa de la ciudad ante un posible ataque de los hugonotes. Y en 1577 Enrique de Navarra, el aspirante protestante al trono de Francia, le nombra gentilhombre de su cámara. En los últimos años antes de la publicación de la primera edición de los *Ensayos*, empieza a sufrir el mal de piedra.

El 1 de marzo de 1580, en Burdeos, y a cargo del editor Simon Millanges, se publican los *Essais*, en dos libros con 57 y 37 capítulos respectivamente. La mayoría de los capítulos son breves, entre 16 capítulos ocupan 32 páginas, pero algunos son significativamente largos, como «De la educación de los hijos» (I, 26) que tiene 56 páginas, «De la presunción» (II, 17), 42 páginas, y especialmente la famosa «Apología de Ramon Sibiuda» (II, 12), que con sus 250 páginas ocupa una cuarta parte del total de la obra. El libro es un éxito, puesto que gusta el estilo franco y ameno de Montaigne. Casi inmediatamente, decide emprender un viaje, entre otras motivaciones, para visitar fuentes termales con el objetivo de aliviar el dolor que le provoca el mal de piedra. Pero el viaje le permite ausentarse de los asuntos domésticos (tiempo después dirá

que desea un yerno que se ocupe de estos asuntos) y tiene también como objetivo conocer nuevos lugares y nuevas gentes. Durante 17 meses viajará por el este de Francia, Suiza, Alemania e Italia, fijándose no tanto en los monumentos o en el paisaje, como en las costumbres y actitudes de la gente del lugar. El interés es antropológico, observa la manera de comer, de beber, de sentarse a la mesa, de dormir. Las observaciones del viaje son recogidas en un diario, escrito al principio por su secretario y luego por él mismo, que no estaba destinado a la publicación, y que fue encontrado en el siglo XVIII (hoy conocido como *Journal de voyage*). Cuando llega a Roma, la censura papal le requisa, entre otros libros, los *Ensayos* y los somete a examen. Montaigne obtiene el plácet, aunque con unas serie de observaciones, dejando al autor la libertad de hacer las correcciones si lo estimaba oportuno —y fue poco lo que corrigió en la segunda edición de 1582. Esta mirada aprobatoria —aunque con reparos- papal desapareció con el tiempo: en el siglo XVII, los *Ensayos* pasan a formar parte de la lista de obras prohibidas.

Mientras estaba en Italia, el 7 de agosto de 1581, recibe el aviso de regresar inmediatamente a Burdeos, puesto que ha sido nombrado alcalde de la ciudad. El nombramiento le halaga, pero no le alegra. El cargo no es ejecutivo, sino representativo. Montaigne acepta el cargo, y lo ejerce combinando la autoridad, la moderación y la imparcialidad, de tal modo que al cabo de su mandato es reelegido por dos años más. Cuando cesa definitivamente en julio de 1585, Montaigne se encuentra fuera de la ciudad, y comoquiera que en Burdeos hay peste, prefiere enviar una misiva en la que se da por hecha la transmisión de poderes antes que entrar para efectuar la ceremonia solemne. En esos años aparecen nuevas ediciones de los *Essais*. Nos consta una edición de 1582, sin muchas variaciones, y otra de 1587, sin cambios. En cambio, la edición que sale a la luz en París en 1588 es significativamente distinta: comprende un nuevo libro con trece capítulos y numerosos añadidos a los capítulos de los dos primeros libros. Los capítulos añadidos son en general más extensos que los de los dos primeros libros, y encontramos también más cambios de tema y más digresiones. Parece como si Montaigne dejase fluir la escritura, se hubiese liberado de un corsé o hubiese encontrado, finalmente, su forma buscada de expresión. Sin embargo, no hay que engañarse. El mismo Montaigne nos advierte que él nunca pierde su tema y que el lector debe estar atento a los lazos que se establecen, que a menudo no son explicitados. Los últimos años los pasa Montaigne en su castillo, preparando una nueva edición de su libro. Lamentablemente, muere antes de que salga a la luz. Su muerte acontece el 13 de septiembre por la mañana, mientras está en la cama oyendo la misa por la abertura que comunica su habitación con la capilla de la torre.

Una vida, como vemos, «mediocre», en el sentido latino de la palabra, y que no justifica, en principio, el interés en una obra en la que el

autor dice no hablar más que de sí mismo. Y, sin embargo, los *Ensayos* suscitan mucho interés, más allá de su valor literario, a pesar del aviso al lector que antecede la obra, y en la cual el autor se despide del lector desconocido, pues afirma haber escrito el libro para familiares y amigos, que son los que podrán descubrir en él la pintura que ha hecho de sí mismo. Montaigne se pinta, y quién no lo conoce no puede saber hasta qué punto la pintura es fiel. Pero Montaigne publica el libro, y eso indica que quiere ser leído más allá de su círculo. En los *Ensayos* la pintura de sí no consiste en un relato biográfico del tipo que, muy brevemente, acabamos de bosquejar, sino más bien en las opiniones del autor sobre muchos y variados temas. Lo que es él, la pintura de sí, consiste pues en sus pensamientos, en sus reflexiones sobre los temas que ocupan su mente. Pensando sobre sus ideas está reflejándose. Y él es un ser humano, un caso particular de humanidad, que nos interesa porque, como dice la sentencia clásica, «en tanto que humano, nada humano me es ajeno».

Así, en los *Ensayos* tenemos que distinguir entre el contenido de la obra y el proyecto que la alimenta, esto es, las ideas concretas que aparecen en un momento dado sobre un determinado tema, y la idea de generar un libro de la índole de los *Ensayos*, obra que su autor considera como única en el mundo. La Guía Comares Montaigne pretende cubrir ambos espectros. Por una parte, presenta la obra desde una perspectiva determinada: las lecturas de Montaigne, el contexto socio-político de la obra, la religión de Montaigne, las ideas educativas, el escepticismo… Por la otra, la mayoría de capítulos ofrecen también una interpretación de lo que son los *Ensayos*, y, aunque la Guía no agota el repertorio de temas posibles, el conjunto permite al lector hacerse una idea bastante completa de lo que son los *Ensayos*. Esta Guía posee, además, a nuestro entender, dos virtudes adicionales. En primer lugar, debido al carácter no sistemático de los *Ensayos*, el formato de esta Guía Comares, consistente en estudios de diversos aspectos de la obra y pensamiento de Montaigne a cargo de destacados especialistas, es quizás más adecuado que una monografía que, en el fondo, sólo presentaría una única presentación/interpetación. En segundo lugar, al tratarse de aportaciones efectuadas por especialistas en cada uno de los temas que se abordan, el lector que ya tenga conocimientos de Montaigne obtendrá no sólo una idea de su pensamiento, sino también una actualización de por dónde transitan los estudios dedicados a Montaigne.

De este modo, en esta guía nos encontramos, para empezar, con tres artículos que abordan el contexto de producción de la obra. Philippe Desan, en «El contexto político y social de los *Ensayos* de Montaigne», analiza el contexto socio-político en el que vive y escribe Montaigne, contexto marcado por las guerras de religión. Para Desan, resulta difícil disociar la escritura de una obra de su relación con la colectividad, de manera que la manera de ser y pensar de Montaigne expresa una vida

y pensamiento colectivo. Leyendo los *Ensayos*, pues, no sólo encontramos la conciencia particular de Montaigne, sino también un conjunto de conciencias objetivadas que dan lugar a prácticas comunes. Por su parte, «Montaigne y la religión», George Hoffmann, presenta una interpretación novedosa respecto de la posición religiosa de Montaigne. Si la línea crítica tradicional establece que la antipatía de Montaigne hacia la Reforma surge de una general inclinación conservadora, Hoffmann plantea que sería la decepción respecto de la Reforma lo que conduciría a Montaigne a posiciones conservadoras. Montaigne, en los *Ensayos*, hablaría de religión de manera muy similar a la de un Reformado, a pesar de mantenerse fiel a la Iglesia Romana. La comparación de Montaigne primero con Calvino y luego con la doctrina tridentina lleva a la conclusión que Montaigne sería confesionalmente católico y culturalmente protestante, y sería a partir de esta distinción que habría que abordar la cuestión de la creencia de Montaigne, tema que aborda Hoffmann en la segunda parte de su artículo. Finalmente, Marco Sgatonni, en su «Montaigne, lector», trata de la biblioteca de Montaigne, y de las lecturas que condicionaron, sin duda, la escritura de los *Ensayos*, desde los griegos a los modernos, pasando por los romanos. La idea que anima el artículo de Sgatonni es que los *Ensayos* son no sólo el espejo de las ideas de Montaigne, sino también de sus lecturas.

Siguen tres artículos que reflexionan sobre algunos de los principales tópicos interpetativos de Montaigne. Con el artículo de Jean Balsamo «El retrato de Montaigne en Los *Ensayos*: formas sociales e implicaciones éticas de la representación literaria de sí», nos introducimos en uno de esos tópicos recurrentes entre los especialistas de los *Ensayos*, el de la «pintura del yo», entendida como la transformación del proyecto socrático del conocimiento de sí, y que permitiría conocer al hombre en general mediante el retrato de uno en particular. Balsamo pone en cuestión la expresión «pintura del yo», que no sería más que una invención de los críticos, desligada de su realidad textual, que nos muestra que Montaigne no utiliza ni el Yo ni el Otro como sustantivos. Vicente Raga, por su parte, cuestiona otra de las líneas interpretativas tradicionales de Montaigne, la de considerarlo como un autor escéptico y valorar los *Ensayos*, encabezados por el desmesurado capítulo «Apología de Ramon Sibiuda», como un texto de difusión de las ideas escépticas. Después de presentar y analizar la interpretación tradicional al respecto, Raga propone una lectura escéptica del supuesto escepticismo de Montaigne, pues éste formaría parte, como el resto de corrientes filosóficas, de las fantasías y opiniones, aunque, como tales, contribuyen a que los *Ensayos* sean lo que son. Si el artículo de Raga trata de epistemología, el de Jan Miernowski se ocupa de la ontología. Reconociendo el anacronismo de utilizar este término referido a los *Ensayos*, Miernowski propone, en «Montaigne y la ontología», un diálogo transhistórico, sirviéndose de

la crítica del «correlacionismo» efectuada por Quentin Meillassoux, para intentar pensar con Montaigne el ser hoy. A partir del análisis del famoso pasaje del final de la «Apología» en el que se afirma que no tenemos comunicación con el ser, Miernowski muestra que el no-ser se convierte en la nueva cimentación de nuestro ser, y así se solidifica con el ser de las cosas (en la medida que éste nos es accesible). De este modo, Montaigne refutaría en cierto modo a Meillassoux en tanto que el relacionalismo aumentado y que desafía a la finitud se acomodaría en Montaigne con el «correlacionismo» fuerte.

Otro de los tópicos interpretativos de los *Ensayos* es el de considerarlos como una obra de filosofía moral. Dos son los artículos de esta Guía que tratan específicamente este tema. En el primero, Ullrich Langer presenta en primer lugar las diversas maneras de entender el título de su artículo, «Montaigne y la filosofía moral», para centrarse a continuación en la filosofía moral como un registro y una práctica —lo que es distinto a la producción de un tratado-, una actividad ligada a la dignidad de un noble del Antiguo Régimen francés (atendiendo al título de la primera edición de la obra, *Essais de Michel* [*Seigneur*] *de Montaigne*). Langer concluye que los *Ensayos* constituyen una filosofía moral sólo en el sentido restringido de que Montaigne registra sus «intentos» en la acción y la buena vida constituida por esa acción, en relación con varias virtudes, de manera que no responde a las preguntas que dominan la filosofía moral de su tiempo con definiciones tradicionales sustantivas, sino mostrando una cierta relación con uno mismo, una nueva versión del autoconocimiento socrático. En el segundo artículo, Thierry Gontier analiza, en «Prudencia y sabiduría en Montaigne», la presencia en los *Ensayos* de estos dos conceptos centrales de la filosofía moral. Tras plantear diversas posiciones de la crítica sobre el carácter escéptico o de filosofía moral de la obra de Montaigne, Gontier defiende que es imposible distinguir la estrategia escéptica de una experiencia más radical y auténtica, que es una experiencia existencial del caos y de la nada, experiencia que permite delimitar una prudencia auténtica frente a otra inauténtica. En continuo diálogo con otros críticos y a partir del texto de los *Ensayos*, Gontier concluye que la medida de la prudencia es la verdad práctica, la regla de acción exigida por la situación concreta. El saber, cuyo objeto final es la regla justa que debe servir de norma a nuestra vida, se adquiere por medio de la experiencia de sí mismo.

Otro de los tópicos de los estudios montanianos[1], ligado al de «pintura del yo» pero no coincidente del todo con él, afirma que los

[1] Se ha optado, en el libro, por utilizar el adjetivo «montaniano» (siguiendo el origen latino del apellido, Montanus) en lugar de montaigniano o montaigneano.

Ensayos consisten en un estudio/descripción del ser humano. De ello se ocupa Nicola Panichi en su artículo «El hombre de Montaigne. La antropología de los *Ensayos*», en el que interroga el sujeto/objeto de los *Ensayos*, caracterizado por una insociable sociabilidad y por ser escenario de la contradicción, sede de imperfecciones, debilidades y diversidades. Montaigne trazaría un trayecto antropológico lineal entre naturaleza e historia, natural y artificial, en el que la imaginación jugaría un papel destacado, en tanto que se presenta como una facultad que nos obliga a conversar con nosotros mismos y que al tiempo confiere un orden y un proyecto a los pensamientos que son registrados.

Vinculado a la cuestión antropológica está la de la educación, que Joan Lluís Llinàs aborda en «Montaigne y la educación». Llinàs sostiene que Montaigne no pretendería elaborar un sistema educativo, sino tan sólo defender algunas ideas al respecto que concuerdan con su proyecto de escritura y con la adopción de una determinada posición en el mundo. La idea directriz sería la de la formación del juicio, y a ella se conformaría el currículum educativo, en el que la filosofía —tal como la entiende Montaigne— ocupa una posición eminente, al tiempo que encaja con el ensayo como método que se refleja en la escritura ue lleva a cabo Montaigne. Llinàs defiende, finalmente, que estas ideas, al estar vinculadas a una manera de entender el ser humano, desbordan el contexto histórico en el que se producen, y son, aún hoy, aplicables a los problemas de la educación actual.

El repaso a los temas que aparecen en los *Ensayos* finaliza con «Las artes y lo bello según Montaigne», de Bernard Sève. En este artículo, Sève lleva a cabo un recorrido por las reflexiones de Montaigne en relación a las artes y a la belleza, tanto la natural como la artística. Se sitúa entre la ausencia de sistematización y el comentario disperso, buscando la coherencia de Montaigne respecto de este tema. De este modo, Sève presenta las reflexiones de Montaigne sobre el arte y lo bello en los *Ensayos* a partir de una clasificación de las artes en ocho categorías, que abarcan desde las artes mecánicas hasta las ornamentales, pasando por las artes plásticas, del cuerpo, de la sociabilidad, del uso de la palabra, la poesía y la música, a las que añade la belleza natural y el arte propio de Montaigne, el arte de vivir, ligado a la naturalización del arte.

Los dos últimos artículos de esta guía se ocupan de la fortuna de los *Ensayos*. En el primero, Jordi Bayod trata un aspecto poco estudiado, «Sobre la recepción de Montaigne en la España del siglo XVII». Introducido por Justo Lipsio entre los círculos católicos españoles de los Países Bajos, y tras mencionar la perdida traducción de Zúñiga (aunque según la hipótesis del autor, conservaríamos un manuscrito en Lisboa que sería copia de la traducción inacabada de Zúñiga), Bayod se centra en analizar la traducción de Diego de Cisneros, en primer

lugar, por lo que hace a su relación con Francisco de Quevedo, y en segundo lugar, en relación a la actitud, distante, del traductor respecto de los *Ensayos*. Bayod se pregunta por los motivos —más allá de su inclusión en 1632 en el índice español de libros prohibidos— para encargar una traducción de Montaigne para, luego, decidir no imprimirla, y defiende la hipótesis que Cisneros se encontraría a caballo entre dos centros de poder, el de los amigos del duque de Medinaceli y el de los seguidores de Olivares. Encargada por aquellos, finalmente la traducción no se imprimiría porque ambos grupos tendrían motivos de desconfiar de los *Ensayos*, de un autor como Montaigne, «güelfo para los gibelinos y gibelino para los güelfos».

Si Bayod se centra en la España del siglo XVII, Olivier Guerrier, en «Modernidad y actualidad de Montaigne», se ocupa de la fortuna de Montaigne desde los inicios del siglo XX hasta la actualidad. Guerrier lleva a cabo un completo repaso bibliográfico y de las interpretaciones de Montaigne, desde la obra de Pierre Villey a inicios del siglo XX, que llevó a cabo la edición de los *Ensayos aún hoy más utilizada, hasta los libros de divulgación de* Bakewell y Compagnon en la segunda decena del siglo XXI, pasando tanto por autores destacados del siglo XX, como Merleau-Ponty o Levi-Strauss, como por los principales especialistas en Montaigne (algunos de los cuales participan en esta guía), como también por las asociaciones, revistas y proyectos dedicadas al autor de los *Ensayos*. Guerrier concluye que la diversidad de aproximaciones refleja la riqueza de un autor que invita a reflexionar y que genera preguntas más que ofrecer respuestas ya listas.

La Guía Comares Montaigne finaliza con una bibliografía de Montaigne en castellano y en las otras lenguas cooficiales, que complementa las referencias bibliográficas que han ido apareciendo en los diversos artículos que la componen, y en especial el artículo de Olivier Guerrier, con la intención de orientar al lector que quiera adentrarse más en el universo montaniano.

Conviene que el lector de esta Guía conozca mínimamente los avatares de la edición de los *Ensayos*. Ya hemos señalado que la primera edición aparece en 1580, y que, tras varias ediciones con mínimos cambios, aparece en 1588 una nueva edición, con numerosos añadidos a los capítulos de los dos libros que componían la primera edición, además de incluir un tercer libro con 13 capítulos. Tras la muerte de Montaigne, su amigo Pierre de Brach y su hija adoptiva Marie de Gournay, quien se considera su heredera intelectual, se disponen, a petición de la viuda, a poner en orden las anotaciones que había dejado Montaigne en los márgenes de un ejemplar de la edición de 1588. A partir de este ejemplar, se publica en 1595 una nueva edición, prologada por Marie de Gournay, en la que no hay añadido ningún capítulo, pero en la que hay numerosos

y significativos añadidos a la mayoría de los capítulos ya existentes.[2] La edición definitiva a cargo de Marie de Gournay acontece en 1635, y será ésta la edición de los *Ensayos* que la mayoría de lectores leerán —directamente o mediante traducciones a otras lenguas. El problema editorial aparece en el momento en que se dispone de un ejemplar de la edición de 1588 anotado en los márgenes por Montaigne, y que no coincide exactamente con la edición de 1595. Este ejemplar, conservado en el monasterio de los Feuillants de Burdeos hasta el fin del siglo XVIII, en que pasa a la Biblioteca Municipal, es conocido como Ejemplar de Burdeos (EB), y fue casi del todo ignorado hasta inicios del siglo XX. Sólo a partir de 1906, cuando aparece el primer volumen de los cinco que comprende la edición, impresa en Burdeos por F. Pech, de los *Ensayos* a cargo de Strowski, Gébelin, Villey y Norton, se revela este ejemplar como imprescindible para el establecimiento del texto definitivo de los *Ensayos*. Esta edición, conocida como Edición Municipal, ha servido de base a casi todas las ediciones publicadas en el siglo XX, mientras que la edición de 1595 había servido de base para todas las ediciones publicadas hasta el siglo XIX. Ahora bien, la cuestión estriba en si el Ejemplar de Burdeos fue el texto en el que se basaron Pierre de Brach y Marie de Gournay para sacar la edición de 1595. Sin entrar en el debate aquí[3], el hecho es que actualmente se suele citar a partir de dos ediciones distintas, una, la de Villey, basada en el EB, y la otra, la de la edición de la Pléiade a cargo de Jean Balsamo, basada en el texto establecido por Marie de Gournay. En castellano, contamos con varias traducciones basadas en el EB (la más popular es la de Ed. Cátedra, y la más reciente la de la Galaxia Gutenberg), y otras basadas en la edición de 1595 (la primera edición en castellano, de Constantino Román, y la más reciente de Ed. Acantaliado), a cargo de Jordi Bayod. Esta diversidad de maneras de citar se refleja en esta guía, aunque de hecho no haya excesivas diferencias entre los dos textos, y la edición del 1595 sirva para aclarar las partes poco claras de los añadidos en los márgenes del EB. Sin embargo, para el lector puede generarse confusión, ya que en la edición de la Pléiade —como en todas las que siguen la edición de Marie de Gournay— hay un cambio en el orden de los capítulos del primer libro, de modo que el capítulo 14 pasa a ser el 40.

[2] La edición de 1595 es la primera que lleva el artículo, *Les Essais*, las ediciones en vida de Montaigne empezaban el título con *Essais*. A lo largo de esta Guía, hemos respetado la opción de cada uno de los autores de los capítulos, de manera que el lector a veces se encontrará que se menciona el libro como Los Ensayos y en otras ocasiones simplemente como *Ensayos*.

[3] Un buen resumen del debate puede encontrarse en la sección fórum del *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, VIII Série, n.º 29-30, Janvier-Juin 2003, pp. 75-106, en la se encuentran los artículos de Tournon, André, «Du bon usage de l'edition posthume» y de Céard, Jean, «Montaigne et ses lecteurs: l'édition de 1595».

Algunos de los capítulos de esta Guía han sido escritos originalmente en otro idioma (francés, inglés, italiano). Cuando es el caso, se indica en la primera nota del capítulo quién ha llevado a cabo primeramente la traducción. Dada la diversidad de traductores, se ha llevado a cabo una revisión de las traducciones con objeto de unificar al máximo los criterios de traducción. De este modo, se ha optado por traducir las citas en castellano, e indicar, si es el caso, la edición castellana utilizada. En la medida de lo posible, se ha optado, para las referencias en una edición original, añadir también la referencia de las ediciones correspondientes en castellano. En cualquier caso, se ha procurado respetar la decisión de cada uno de los autores respecto a la edición utilizada, mostrando así que la problemática de la edición de los *Essais* no está resulta y que no hay un canon al respecto totalmente establecido.

Recuerde el lector que la manera habitual de referenciar los *Ensayos* es indicar el número del libro en letras romanas, el número de capítulo, y el número de página. Además, a veces se indica una letra, *A*, *B* o *C*, que designa la capa del texto de los *Ensayos*, esto es, *A* significa que el fragmento corresponde a la primera edición, la de 1580 (o en su caso a añadidos de la edición de 1582); *B* corresponde a un fragmento añadido en la edición de 1588; y *C* a un fragmento añadido en el EB o en la edición de 1595. Para el especialista esta indicación es útil, porque permite investigar la evolución del texto y del pensamiento de Montaigne, aunque no sea necesaria para apreciar el texto e investigar sobre él. Recordemos que en las ediciones aparecidas en vida de Montaigne no se marcan las capas del texto, esto es, en cada edición el texto se presenta como uno y acabado.

Tenga en cuenta también el lector que, como se ve, los *Ensayos*, pese a su carácter no sistemático, se compone de libros y capítulos. Los capítulos no están datados, pero sabemos que no están ordenados cronológicamente. Estamos pues ante capítulos de un libro, no ante un conjunto de ensayos. «Ensayos» es una inversión de un nombre colectivo.[4] Es un plural que remite a un objeto singular, el libro. Los *Ensayos* no se dividen en ensayos sino en capítulos (aunque de manera habitual se utilice el término «ensayo» para referirse a un capítulo de la obra). Esto significa que cada capítulo no es una experiencia aislada de Montaigne, sino que es una parte de un libro que contiene experiencias que se extienden a lo largo de varios capítulos o incluso de toda la obra. Por eso hay que advertir al lector de nuestro siglo que el término ensayo, entendido como lo hacemos hoy, esto es, como un género literario

[4] Véase Casals, Jaume, *La filosofia de Montaigne*, Barcelona, Eds. 62, 1986, p. 125-126.

o como una disertación, no encaja del todo con la obra de Montaigne. Sirviéndose de obras y personajes, Montaigne crea una obra singular, única, los *Ensayos*. Si la tuviésemos que clasificar, la situaríamos al lado de los libros de miscelánea, muy de moda en la época: *Disputaciones*, *Sentencias*, *Variedades*, *Diversidades*… Se asemeja también a las *Obras de costumbres morales* de Plutarco, a los *Discursos* de Maquiavelo, y a los *Coloquios* de Erasmo. Pero ninguna de estas obras es tan personal como la de Montaigne, y ninguna lleva por título *Ensayos*. De hecho, es esta la primera obra que lleva este título, por lo que se suele mencionar a Montaigne como creador del género ensayístico, aunque su libro presenta peculiaridades que le separan de lo que son los ensayos actuales. Montaigne utiliza el término no tanto para referirse a una categoría literaria como para hacerlo a un método determinado. Habla de su libro como «escritos», «piezas», «memorias», «rapsodia», «hacinamiento de diversos trozos», «ejemplos», pero reserva los términos «ensayo» y «ensayar» para designar su método intelectual, su experiencia de sí mismo, su estilo de vida. En cualquier caso, la división de los *Ensayos* en libros y capítulos indican la existencia de un orden, y dado que no es del todo cronológico, se han propuesto numerosas hipótesis para explicar ese supuesto orden, desde los trabajos de Pierre Villey hasta la actualidad, aunque ninguna de ellas sea plenamente satisfactoria. Se trata, pues, de una cuestión no zanjada.

Para finalizar esta introducción, debo agradecer a Jordi Bayod el excelente trabajo que ha llevado a cabo en la revisión de esta edición. Mucho de lo bueno que tiene esta guía se debe a él, y ha sido una suerte poder contar con su colaboración para producir esta Guía Comares Montaigne. Guía que, como se ha dicho, no pretende agotar todos los temas del universo montaniano, pero que ofrece al lector en español tanto una buena primera incursión como una puesta al día de los estudios sobre Montaigne, y viene a rellenar un vacío en el mundo editorial en castellano.

En los *Ensayos* de Montaigne, además del proceso de producción y los efectos de la obra, es tan importante su contenido como el proyecto que la alimenta. La presente Guía, el primer libro de este tipo en español sobre Montaigne, pretende recoger estos aspectos, abordando la obra desde diversas perspectivas (las lecturas de Montaigne, el contexto socio-político, las ideas sobre la religión, la educación, la filosofía, el arte…) al tiempo que la mayoría de capítulos ofrecen también una interpretación de lo que son los *Ensayos*. Debido al carácter no sistemático de los mismos, el formato de esta Guía Comares, consistente en estudios de diversos aspectos de la obra y pensamiento de Montaigne a cargo de destacados especialistas, es el adecuado para que el lector obtenga no sólo una idea del pensamiento de Montaigne y de lo que son los *Ensayos*, sino también una actualización de por dónde transitan las investigaciones actuales.

Joan Lluís Llinàs es Profesor Titular de Filosofía Moderna de la Universidad de las Islas Baleares. Ha centrado sus investigaciones en la filosofía de los siglos XVI y XVII, especialmente Montaigne y Descartes. Sobre Montaigne, ha publicado las monografías *Educació, filosofía i escriptura en Montaigne* (2001) y *L'home de Montaigne* (2009, Premio Carles Rahola de ensayo 2008), y participado en ediciones de los ensayos, como *Michel de Montaigne, Textos sobre educació* (2012) y *Montaigne. Ensayos sobre educación* (2014). En estos últimos años ha centrado su investigación en el tema de la naturaleza humana en la primera modernidad, a partir del análisis de la distinción mente-cuerpo, la distinción humano-animal y los proyectos de formación del ser humano.




ISBN 978-84-9045-863-1
9 788490 458631